
Problemas de la identidad cultural en nuestra América *

El primer volumen de la revista *Cuadernos Americanos*, de enero-febrero de 1942, publicó deliberadamente dos fecundas exaltaciones de la voluntad sin freno: de Rubén Darío y de Francisco Pi y Margall: «América es el porvenir del mundo»; «América, tú eres mi esperanza, tú estás llamada a salvar al mundo». Con estas materias tienen que ver mis reflexiones de hoy a propósito de la identidad cultural de nuestra América; aunque, en rigor, dedicaré estas notas a discutir el problema de la identidad de unos pueblos que cuentan además entre sus persistencias —acaso también como consistencias peculiares— al exilio, la violencia y la amenaza. Comenzaré por esto último.

I

La amenaza de muerte, que no es tan sólo lamento, sino elemento que determina la elección de la supervivencia, implica reconocer un fracaso, del mismo modo como la bomba atómica representa, por partida doble, un triunfo inobjetable de la inteligencia humana, de su eficacia científica, a la vez que demostración de un fracaso social. Los proyectos hegemónicos, con esto, más que vencer al enemigo, se derrotan a sí mismos; sin embargo, de esta derrota o fracaso emerge, no sólo la amenaza, sino una valoración que hace al primado de la vida. Sostengo, pues, la tesis que dice: el hombre es cultura y la cultura la más grande amenaza para el hombre. Con otros términos diría: a través de la cultura, con ella y por ella, el hombre ha llegado a ser el hombre; pero a través de la cultura se han causado también grandes males al género humano.

Acaso proceda de estos territorios nuestro afán de definiciones y redefiniciones continuas de lo que es esencial; nuestra ansiedad de diálogo; nuestros esfuerzos coloquiales; la búsqueda —por llamarle así, con una categoría que ya se me hace tradicional y conservadora—, la preocupación —dirá mejor—, inconteniblemente subversiva de lo que tiene valor. Y es que hemos estado y estamos a punto de perderlo todo. Tengo la convicción de que esto que nos preocupa y que nos quiere llevar a pensar nuestra integridad y nuestra identidad le debe mucho más de lo que se cree a la fragilidad del mundo en el que hemos vivido, a la proximidad de la muerte violenta. Integridad e identidad no son lo mismo, ciertamente, pero se articulan alrededor de la amenaza, el exilio y la violencia: la primera (integridad) como defensa, y la segunda (identidad), como acta de defunción.

* Conferencia sustentada por el autor en The Catholic University of América (Washington D. C.), el 10 de octubre de 1984, durante un evento organizado por el Departamento de Lenguas Modernas de esa Casa de Estudios a la Consejería Cultural de la Embajada de México en Washington.

Con esto no justifico, sólo me explico su aparición en el terreno de la filosofía y la cultura americana. Paradójicamente, buscamos nuestros vínculos, el rastro y el rostro de lo que somos, porque contamos con la vulnerabilidad del hombre y con una idea no religiosa de la cultura. Estas preocupaciones nuestras se han desarrollado cuando comienza lo que Brecht llamaría mala costumbre de estar preparados para vivir al borde del abismo, cuando la sociedad se organiza para eso, y de tal manera que la riqueza de unos cuantos se hará cada vez más grande conforme se perpetúa el peligro. En efecto, la costumbre de vivir amenazados sirve también para proteger a las fuerzas que producen y mantienen la amenaza. Por qué no decir que constituye un aparato de reproducción de esas fuerzas desde el campo de la vida cotidiana.

Apuntando más directamente a una de esas persistencias de nuestra América (y que algunos filósofos americanos las convierten en consistencias), afirmaré que en relación con la amenaza nosotros casi nos obstinamos en declararnos o sentirnos exiliados en nuestro propio continente, al mismo tiempo que mantenemos en alto la bandera de nuestros vínculos más estrechos. Es cierto —como dije— que la integración actúa en defensa propia, pero no lo hace al precio del exilio, o de las exigencias que implican ser, estar o sentirse exiliado. La amenaza que hace al exilio acaba por deformar al exiliado en la vivencia misma del destierro en nuestro continente. Digamos que lo transforma, lo forma, lo arma y lo desarma; lo hace finalmente un no exiliado o, si se prefiere, lo exilia de su exilio o lo desexilia. Le hace pensar que a cada objeto de amenaza aislado le incumbe igualmente el peligro, de modo que a través de su vivencia en América Latina se supera no sólo el exilio, sino el desgarramiento que le acompaña; se aprende a gozar lo sufrible, a practicar en un terreno gozable lo que se tiene por sufrimiento. Si esto no fuera así —quiero decir, si persistiera el desgarramiento—, ¿de qué integración auténtica podría hablarse? Hay entre el sufrimiento y la posibilidad misma de universalidad o de integración un esfuerzo antinostálgico tenaz; y es que la integración —lo universal— jala contra el destierro; contra el ser escindido; contra el ser de medio ser; sin embargo, también el destierro empuja contra el destierro y obliga al exiliado a asumir el papel de ser que va refinando y afinando su odio.

Al fin y al cabo, la expulsión del paraíso —si se asume como tal *sin concesiones*; me explico; *consciente* de que sale a *vivir* en otro terruño —lo hace un hombre de veras apto para gozar el despojo— más íntimo por más lejano; desterrado de veras que se apropia finalmente toda la tierra. Mas, el expulsado que tiene la patria atravesada en la garganta no vive, sufre; pero no sufre el destierro (no tiene motivos, porque jamás ha sido tal), sino la burla de su propio exilio, sumido de veras en el recuerdo. Así pues, el calvario del exiliado no es su destierro, sino su mascarada, su falta de discernimiento. Aquí su falta —digo carencia— es también su pecado. Ha de aprender a integrarse; habrá de saber que cuando pidió asilo perdió la inocencia.

Si al emplear la categoría de exilio en esta parte del mundo late ya —en este caso— una barbaridad (empleo el término en su sentido más estricto) —donde cada nacional es *bárbaro* ante otro pueblo—, la amenaza y la realidad de hecho del llamado exilio y el sufrimiento desgarrado procesan, por su parte, algo todavía más bárbaro (ahora uso

el término en su acepción cotidiana): el exilio como experiencia gozable en su negatividad.

No digo que niegue la patria nacional de origen; afirmo que la dimensión del sufrimiento y la nostalgia encuentra en el exilio —cuando se es un exiliado de veras, no de burla— el antídoto vitalizador que ensancha nuestras concepciones estrechas. La categoría misma de destierro merece ser considerada como despojo fecundo: solamente desterrado puede el hombre alcanzar las cimas de la auténtica solidaridad. Solamente des-terrados hacemos de una América a secas *nuestra América*. Visto así, el destierro es administración de salud que se conquista como enfermedad. A propósito de nuestros afanes integradores, permítanme el gusto de decir aquí esta paradoja: la amenaza bárbara (del destierro) acaba con nuestra barbaridad.

Hay también en esta proposición algo de poesía secreta. En nuestra América la historia es la historia de los que hacen la historia, pero es también la historia de los que sufren la historia y que, sin embargo, gozan aquella tarea devastadora. Es cierto que la utopía de Bolívar no se ha cumplido; pero el exilio en esta parte del mundo es utopía del sueño empecinado. Aprendemos a ser *nosotroamericanistas* en el destierro y gracias a que somos desterrados; tan sólo porque en esta experiencia —que tiene que ver con la gran lucha por la vida— uno descubre también su pequeña lucha contra la vida, la que se alimenta del recuerdo y por la cual uno debería confesar: sólo he vivido ayer. Desterrados advertimos que la desnudez del hoy o del presente, en espera de lo que no se ha sido, y que se desea, no envejece. Con estos elementos introductorios quisiera plantear ahora la segunda parte de estas reflexiones.

II

Desde luego, la preocupación por aquello que pretende definir al hombre de nuestra América le debe mucho a la fragilidad del mundo en el que vivimos y hemos vivido. Toca a las puertas de la muerte o de lo muerto, o de lo irremediable, o de lo previsto *a posteriori*. En rigor, cualquier esfuerzo de identificación o proceso de identidad es recuerdo tenaz de lo que ha sido. Lo que es peor, recuerdo petrificado que se impone al presente (y que *embarga* al futuro) con la pretensión de explicarlo. Digo quién soy *ahora* con materiales de *ayer*; acabo por definirme con aquello que es irremediable; pero al definirme así me acabo; y acabo conmigo como posibilidad.

Esta exaltación de lo posible es lo que hace la dimensión ética por excelencia del hombre, aquello que lo sostiene como un ser activo e infinito; como un ser que quiere, que desea, que funda lo que es en un espacio de incógnita y que sólo admite su formulación como querer ser; fundado en un combate cuyo propósito es no olvidar lo que *no* ha sido, no precisamente destinado a recordar lo que ha sido, sino aquello que hace de América una esperanza. «Si me olvidase de lo que no he sido —escribe Antonio Porchia— me olvidaría de mí.»

Exacta y rica proposición contra el furor que pretende aquietar el querer —o formular mi identidad— con objetos siempre finitos, o con una invocación al pasado para decir quién soy. En efecto, si me olvidase de lo que *no* he sido, me olvidaría de mí: a tal punto soy lo que quiero ser; a tal grado el recordar lo que he sido se olvida